

CANTO RODADO
ANA GAITERO

EL MANÁ

Cuentan que cuando traían a León las reliquias de San Froilán llovía miel sobre los árboles y los cabellos de los hombres. Una especie de maná son, diez siglos después, los productos de León. Una mina de manjares, ahora que el carbón es un paisaje de escombros y la imagen de un camión que atraviesa las cuencas mineras con el mineral que llega al Muel desde Sudáfrica o Australia.

De este a oeste, de norte a sur, el paladar es la brújula. Hecho en León se vislumbra como una marca milagro. La hazaña de cientos o miles de personas que tiran del carro como antaño lo hacían los bueyes y las caballerías. La romería consiste ahora en llegar a fin de mes y pagar las cuotas correspondientes a la Seguridad Social y Hacienda.

La industria agroalimentaria quiere hacer luz al final de este túnel interminable. Ahí están también la química-farmacéutica, la ciberseguridad y la logística. Sin olvidar el 'maná' del turismo. El Camino de Santiago es el eje y el foco de atracción de miles de personas que se acercan a la provincia atraídas por la senda sagrada y milenaria.

Es el escaparate internacional más potente de León. A su vera se colocan tiendas, bares, hoteles, restaurantes, albergues... A León, llena de vestigios romanos y capital del viejo reino, no le queda otra que hacerse fenicia. Mercadear con su despensa.

Huelga silenciosa

León disfruta estas primeras semanas del otoño de una sensación de fiesta y regocijo, aunque el sector de las teleoperadoras, gran nicho de empleo precario de jóvenes y mujeres, protagoniza una huelga silenciosa, una protesta que apenas se deja sentir. A pesar de que los sindicatos nos desvelan que es un filón de la economía sumergida —90% mujeres a pesar de que hablen de empleados de hogar— en el sector de los cuidados de las personas y del hogar, quizá por contagio de tan-



EL PALADAR ES LA
BRÚJULA DE UNA
PROVINCIA QUE SE HA
CONVERTIDO EN UNA
MINA DE MANJARES Y
BUSCA EN EL TURISMO
EL MANÁ PARA
SOBREVIVIR

ta tierra sumergida bajo las aguas de los pantanos.

Después del descanso del verano, de los meses de cobijo en la tranquilidad de los pueblos, se sumerge la ciudad en el bullicio de las ferias y romerías. El olor a morcilla impregna el casco histórico, la belleza de los carros engalanados con colchas y ramajes... Todo León es una estampa pintoresca y con el genuino sabor a la tradición.

Hay que aprovechar estos días menguantes con los pendones ondeando bajo el sol del membrillo. Pero ojo con las piedras que van a empezar a levantar en la plaza del Grano nada más que pase el día de la Hispanidad, mientras Cataluña sigue en la deriva secesionista y los gestores de la Cultural se inventan el culturalismo como nuevo producto leonés y tabla de salvación del equipo de fútbol. Quieren hacer patria con el balón y que las mujeres paguen cuota de animadoras atraídas por unas camisetas rosas.

Malas prácticas

Ojo con las conversaciones que el presidente de la gestora del PSOE, el asturiano Javier Fernández, mantiene con Rajoy sin soltar prenda. Y con el precio que los asaltantes del partido han puesto para no intentar un pacto de izquierdas. No les mueve el interés general, no nos engañemos. Si no la firme voluntad de que nada cambie. Las malas prácticas de los partidos en sus fogones salen caras. Ahí tenemos el Brexit o la bofetada a los acuerdos de paz del Gobierno de Colombia con las Farc.

Cuentan que San Froilán domesticó a un lobo como castigo por comerse al burro que le ayudaba a acarrear los materiales para levantar la ermita de Valdorra. No es mal ejemplo a seguir en estos tiempos en que otro tipo de lobos acechan la democracia y asaltan partidos para que sea la ciudadanía el burro que cargue sus piedras. Porque su maná somos la gente.

VANESSA
CARREÑOMÁS EMPATÍA,
POR FAVOR

Seguro que alguna vez, hablando con alguien, ha tenido la sensación de que a esa persona no le importaba lo más mínimo lo que usted le estuviera contando. ¿Qué hace que a veces nos sintamos así?, ¿Qué tienen algunas personas para que sea difícil sentirse bien a su lado? Pues eso es en lo que está pensando tiene mucho que ver con la empatía. Es decir, la capacidad de ponerse en el lugar de los demás, de entender sus puntos de vista, sus necesidades, sus sentimientos y sus preocupaciones.

Hay personas que nos hacen sentir bien porque se interesan por nosotros, porque nos preguntan, porque quieren saber lo que nos preocupa, porque les contamos un problema y nos dicen algo más que un simple «no es para tanto» o «yo estoy peor que tú». Y no es porque nos den el consejo perfecto o la clave que no estábamos viendo. Simplemente es porque nos escuchan, nos comprenden y se ponen en nuestro lugar. Incluso aunque nos digan «no sé qué decirte, pero mu-



chas gracias por compartirlo conmigo». Sí, eso también es empatía.

Y no es algo innato, no se crea. Hay quien tiene esa facilidad para conectar con los demás desde siempre, pero también es algo que se puede desarrollar. ¿Cómo?

Diciendo «lo siento». Porque no pasa nada y porque significa mucho. Que todos metemos la pata, pero no siempre sabemos reconocerlo.

Mirando lo que necesitan las personas que nos rodean. Por ejemplo, ceder un asiento en el autobús o ayudar a alguien que ha perdido algo en la calle.

Escuchando de verdad. Sin interrumpir, sin esperar a que acabes para contarte lo mío, sin adelantarme a lo que me vas a decir... Simplemente escuchando, con atención e interés, aunque eso me suponga quedar en un segundo plano.

Interesándose por los demás. No sólo en fechas señaladas, sino hoy mismo, sólo porque me acordé de ti. Haciendo una llamada, preguntando cómo te va o diciéndole a alguien que tiene ganas de verle.

En realidad es tan sencillo como decir «¿qué tal estás?» y no quedarnos tan sólo en el «bien, ¿y tú?». Profundicemos un poco más, merece la pena.

www.coachingtobe.es



ANDRÉS ABERASTURI

¿POR QUÉ EN SIRIA NO?

Las cifras que ofrece Acnur se quedan trágicamente anticuadas día a día. En todos los periódicos aparecen fotos de la última oleada de refugiados atendidos por Italia: son casi once mil en sólo 48 horas y en uno de los viejos barcos se podían contemplar los cadáveres amontonados que se iban recogiendo. Es aterrador y absolutamente injusto.

Hasta el día 9 del pasado septiembre Acnur cifraba en 381.442 las personas que habían cruzado el Mediterráneo para llegar a Europa. ¿Cuánto muertos? No se sabe, nunca se sabrá porque resulta muy difícil hacer un cálculo riguroso de la gente que pierde la vida en el intento pero todos sabemos que si se

abrieran un día las aguas de nuestro mar común, el espectáculo sería dantesco.

Hay una inmensa mayoría que vienen de Siria, un país sobre el que parece que todos tienen derecho para bombardear sin ni siquiera preocuparse por aquel eufemismo que dimos en llamar «daños colaterales». En Siria se vuelan hospitales, colegios, mercados... da igual. Siria está al margen de cualquier tratado internacional, un pueblo que a nadie le importa y cada potencia tiene derecho de pernada parapetándose en extrañas alianzas, en apoyos egoístas, en «operaciones de castigo» que no son sino venganzas.

Desde 2011, cuando comenzaron las llamadas «primaveras árabes» estallaron las protestas contra el presidente sirio, Bashar el Asad, tras el arresto y

tortura de unos adolescentes que pintaron en un muro de su escuela: «Es tu turno, Doctor», en referencia a la profesión de Asad, oftalmólogo. Y a partir de ahí se juntaron intereses de todo tipo.

Grecia está desbordada; Italia no puede más y en el resto de UE en lugar de crecer la piedad solidaria, toman fuerza los movimientos extremistas xenófobos. Yo no tengo la solución pero veo el desastre y lo que veo son niños muertos, niños vagando solos y muchas conferencias elegantes para llegar a acuerdos que no llegan o no se cumplen. Yo ignoro qué se puede hacer. Pero si sé que por menos de lo que está ocurriendo en Siria, la ONU ha tomado cartas en el asunto y ha mandado tropas internacionales para acabar con el terror. ¿Por qué en Siria no? Esa es la pregunta.